

MANEL QUERALT

Ene menos una



emboscall

© Manel Queralt i Utrilla

Edita: **Emboscall**

www.emboscall.com

ISBN: 84-96443-51-5

Primera edició: Editorial Columna, 1992

Primera edició bilingüe: novembre de 2005

Primera edició digital: novembre de 2013

Segunda edició digital: abril de 2015

Prólogo

A menudo el aliento le apestaba a pus y los días en la cama languidecían —entonces, el tiempo, tan solo a él le pertenecía *lila*¹. Construía en la sobrecama ciudades con esos recortables que tanto le gustaban. Podría —pensaba— imaginar una ciudad entrelazada con las casas, un ambiente físico para una especie que la recorrería. También podría diseñar cómo serían sus transeúntes y cuánto tiempo vivirían («Las Moiras son la personificación del destino de cada uno, de la suerte que le corresponde en este mundo. La Moira es inflexible y personifica una ley que ni los mismos dioses se atreven a transgredir. Las Moiras regulan la duración —el hilo— de la vida, desde el nacimiento hasta la muerte: Átropos la hila, Cloto la devana y Láquesis, cuando quiere, la corta.»)

Podría imponer las normas de un juego para que determinasen su conducta («Juego popular infantil en el que N jugadores tienen que ocupar N-1 esquinas² y tienen que ir cambiando rápidamente de lado, procurando no quedarse en medio de la calle sin donde esconderse, ya que quedarían eliminados.»).

¹ La palabra sánscrita *lila* significa gratuidad absoluta según el Vedanta, creación del mundo por diversión divina. (ref. *Ese maldito yo* de E.M. Cioran)

² Su origen no está demasiado claro, pero según una información que he encontrado, a mediados del siglo XIV tenía tanta popularidad entre los ingleses que, según los cronistas, Eduardo III se vio obligado a prohibirlo en los jardines de palacio de Westminster porque distraía los debates parlamentarios. Pero, per qué me vienen a la cabeza esta multitud de alimañas (sic) y sus tejemanejes (sic) populares, que se llevan a cabo en el parque de la Ciudadela?

Normas también que mantuvieran el equilibrio del ecosistema («Un sistema de N componentes tiene seguridad N-1, si se puede garantizar que el sistema continuará funcionando aunque falle uno de ellos. Es necesario reponer el elemento averiado para que el sistema recupere su estado normal.»)

Podría, por ejemplo, regalar a los transeúntes la debilidad de la incomunicación como excusa para justificar su incapacidad de amarse («Cada uno ve la ciudad a su manera, según sus miedos y sus deseos, y nunca coincide con la imagen que otros tienen. Nos pasamos el tiempo luchando contra todos y todo para que escuchen nuestros monólogos, para que se adapten a nuestras ciudades. Y así corremos —huimos— buscando amor en las esquinas que, una vez alcanzadas, encontramos siempre vacías.»).

Y regalar también, la muerte como premio de consolación de un juego que nadie gana («En el Café van a parar seres de todo tipo, extraño pastiche que se me aparece cómo la antesala de la muerte.»)

Finalmente, el niño enfermo podría incluso creerse lo que estaba haciendo, aunque casi siempre —aburrido— se dormiría.

En la ciudad, el juego y los chillidos continúan.

M.Q.

(CLOTO)

Debíais haberos quedado en casa,
sin mover el culo de la silla...

BOHUMIL HRABAL, *Trenes rigurosamente vigilados*

. | .

(Un niño enfermizo recortaba edificios
enganchaba deseos imperfectos
y escondía miedos tras las esquinas,
construía una ciudad con recortables
y sembraba transeúntes: polvo de muñecas.
Montones y montones de cartulinas
esperaban para ser recortadas,
largas colas de muñecas enfilaban,
con los ojos cerrados, estantes, paredes y muebles
y ambicionaban ser colocadas.)

. | .

(Escondía las muñecas dentro de bolsas oscuras preñadas de agua y las dejaba aquí y allá, entre edificios altos. Se dormían contra las esquinas y mientras esperaban, inquietas, sentían la duración del silencio: entre latido y latido, una pausa, entre una pausa y otra, roeduras: latidos en las esquinas, tijeras que recortan. «*Antes tenéis que leer las instrucciones*»)

. | .

(“Recortad por los contornos marcados con líneas continuas, doblad las pestañas por los puntos suspensivos y dejad caer gotitas de cola mientras con la punta de los dedos extendéis una fina película, no olvidéis encajar las esquinas con esmero para que queden perfectas y no desistáis por torpeza en el intento si tenéis que enganchar la última pestaña y no la podéis apretar desde dentro.”)

. | .

(No paraba de repartir más muñecas
de encolar pestañas de cartulina
que no encajan y ensucian los dedos,
la droga escala paredes y tejados.
Las manos atadas a las tijeras
los roces se mezclan con la fiebre,
niños enfermizos compran recortables
para pasar el rato y después se van:
legan nidos de muñecas bajo los edificios
por calles tendidas hacia donde muere la luz.)

. | .

(Fijadas en la vagina del tiempo,
después ya no volverían a sentir
el peso del silencio sobre las sienes,
ni el ritmo acelerado de las roeduras
cuando aquella inquietud les removió
las entrañas y la bofetada del azar
les clavó un alma en el culo: llantos y chillidos
desesperados rasgaban las membranas
de la voz y los párpados se reavivaban
con la luz y las primeras imágenes.)

. | .

(Asustadas, giraban la cabeza
a un lado y a otro y tan sólo había
esquinas, miles. Deseaban empezar
a correr, sin saber por qué, correr, huir...
Si se les pregunta, no lo recuerdan.
Encerradas, erraban sonámbulas,
colgaban de hilos de amor ilusorios
cómo meros títeres que insistieran
en mantenerse derechos y en crecer
con el indeciso colgado entre las juntas.)

. | .

(Avanzaban con movimientos torpes tambaleándose y cayendo porque les pesaba el culo, pero se empeñaban, costara lo que costara, en conseguir esquinas donde los platos o se encontraban llenos y se dejaban medio vacíos, o estaban medio vacíos y se abandonaban llenos. La boca completamente abierta: tragar o vomitar la comida caliente: la muerte escaldada, empezar a sentir su peso en el vientre.)

. | .

(Y bajo el pecho dos agujeros
que absorbían y escupían esputos:
sorbos de sangre que repartían pulso
hasta la punta de los dedos, miles de hilos
estiraban los límites de los sentidos
y aferraban los despojos de un cuerpo
empeñado en crecer —pesado lastre.
Les surgían espinas entre la carne
y enfurecidas se arrancaban el tiempo
en escamas, reseco sobre la piel.)

. | .

(«...No paréis de recortar y colocar casas y muñecas y cumplid las normas: “Un juego popular donde ene jugadores elegidos todos a azar, ambicionan ocupar ene menos una esquinas. Es necesario que cada participante cambie rápidamente de esquina procurando no quedar en medio de la calle ya que quedaría eliminado. Transmutar la ciudad después de cada jugada.”»)

. | .

(El riesgo de encontrarse en medio
y ver que las esquinas se escapan
del alcance de la mano —instantes de miedo
ocultos bajo risas y aspavientos—
ciudades que cambian ya sin retorno
y muñecas de ojos grandes, inciertos...

«...Y *excluid al jugador eliminado*
y, para poder mantener nivelada
la fiesta, dejad que un nuevo transeúnte
*comience— no penséis dónde van las eliminadas.»*³

³ «La empresa distribuidora de los recortables que, por otro lado, dispone de los derechos exclusivos, deriva toda responsabilidad al constructor por el posible desengaño —y sus consecuencias— debido al mal uso del material y/o al incumplimiento de las normas.»

(LÁQUESIS)

...me atormenta la melancolía, porque soy un ser que es necesario llenar, que se debe llenar, pero: hay demasiados rostros que se imaginan que pueden participar, siempre hay demasiados rostros...

THOMAS BERNHARD

.. | ..

(Recorro una nueva ciudad y dejo
que me crezca ajustada, precisa,
que me abrace con todos sus detalles
sin los cuales nunca sería completa.
De las esquinas aparecen muñecas
que se escapan de mi imaginario.
Sus ojos me atraen con insistencia
hacia otras calles, otros intereses:
«Ven conmigo, ven, sígueme y verás!»
¿Por qué me pides que rompa mi sueño?)

.. | ..

(Las rompo y las construyo de nuevo,
vanidad, porque siento que me reclaman
transeúntes de otras ciudades, las mismas
que superpuestas no encajarán nunca.
En los espacios que compartimos a medias
no coincidimos: rechazo sin contemplaciones
de lo que no se ajusta a nuestro rasero,
ni deseos: muros entre los chillidos del tiempo,
cuervos marinos que se ríen de la pesca
fallida y del infortunio de los intentos.)

.. | ..

(Atrapados en medio de todo, recortes de cielo
envuelven los miedos, la angustia
pesa y baja y la droga extiende su
perfume entre los habitantes que rehuyen
el prelude, siempre desde el primer
día, más viejos, del premio que se aplaza.
«¿Por qué te querría en mi ciudad
si no es para hacerla más tolerable?»
Incisiva, la soledad no me mata
pero me irrita su dolor acostumbrado.)

.. | ..

(Y persigo afecto por ciudades
que nunca son las mías, me imaginan
y me reclaman como un préstamo más.
Cuando las creo, también quiero que sus rostros
reaparezcan de entre mis calles,
pero siempre se pierden y siempre me pierdo.
Desde las esquinas, tanto tiempo tras los ojos,
no amo a nadie más allá de los iris.
La cabeza como dentro de una bolsa que se queda
sin aire: el plástico aplastado contra los labios.)

.. | ..

(De aquí a aquí, no hay mucho. De aquí a allí,
tampoco. De aquí al más allá, es muy fácil.
Pero, de aquí a ti, es imposible.
Quizá esté en paz conmigo mismo y mi entorno,
quizá también pueda tener cubiertas
las cenizas bajo las hojas del bosque.
Pero tú, tú que andas delante de mí
y me miras, te escabulles detrás de mis esquinas
y no vuelves, ¿por qué, si tu deseo
y la ciudad conviven dentro de mí, no vuelves?)

.. | ..

(Hay días en los que no hablas con nadie
y en la boca cerrada tanto tiempo
se pasta la saliva y el aliento hiede.
Hay días en los que tampoco hablas solo,
quizá, porque nunca te has atrevido a hablar
solo por miedo a palpar —después de una cata
fugaz y escondida, vergüenza de loco—
la muerte que a menudo se reseca en tus labios.
Reniegas porque la costra te molesta:
«¡Maldito y perseverante monólogo!»)

.. | ..

(Hay días que el escudo es más pesado
que de costumbre y no puedo soportar
el peso de las gafas sobre mi nariz.
Y quizá llegarías a pensar
que sería posible levantártelas
y con un gesto provocado y claro, dejar
que las imágenes del mundo te llegaran
limpias, que el nervio se tensara y absorbiera
todas las esquinas y las ciudades
que tuvieran cabida en la mente.)

.. | ..

(Absorbería la luz y después el aire
y detrás del aire, el polvo y los grumos
que se desgranán, entonces el barro y el agua
y el río que quiere la sal y el fondo del mar
y la tierra que esconde y, dentro de la tierra,
el fuego que en la cabeza todo lo abrasa.
Hay días que el tiempo es muy denso,
más que de costumbre y no puedo soportar
el peso del escudo sobre mi nariz:
guardo las gafas y me arranco los ojos.)

.. | ..

(Mezcla de mil sueños perdidos en el fondo
de ciudades hambrientas, andamos por hilos
de calles, serpentinas de papel
lanzadas al silencio y a la aventura,
ovillos trenzados que no crecen ni se reducen
calles que existen en el intrínquilis:
transeúntes y caprichos que se estiran
y se encogen con los deseos... calles.
«¿No sientes como el desengaño de encontrar
siempre las esquinas llenas te acorta la vida?»)

(ÁTROPOS)

Era como una herida triste, la calle que no acababa nunca, con nosotros al fondo, de un lado a otro, de una pena a otra, hacia el fin que no se ve nunca, el fin de todas las calles del mundo.

L.F. CÉLINE

por la galería oscura de los bulevares, en las afueras de la ciudad, frecuentada per les almas perdidas, crucificados inmundos sin espinas

P.P. PASOLINI

... | ...

(Las gordas divas refriegan sus enormes senos por encima de las miradas que desean los pezones finos y erectos que esconden las ceñidas muselinas, recogen babas con ojos despectivos y untan los sexos con indiferencia, pasan y repasan deseos con gruesos dedos y arrean puntapiés a rostros que ahogan grititos entre piernas carnosas. Sabemos que nunca oiremos cantatas.)

... | ...

(Jóvenes tenores refriegan su sexo
endurecido por encima de las miradas
que en secreto suspiran por el cuerpo erecto
que esconden las ajustadas calcillas.
Las caderas piden placer a lenguas
extrañas para que su aliento mantenga
cálido y húmedo el glande hinchado de la fiesta.
Los muñones se entrelazan solidarios
en busca de actos compasivos, magnánimos.
Sabemos que nunca seguiremos las arias.)

... | ...

(Los coros trenzan las cuerdas y calientan
la garganta con la sangre de muñecas vírgenes,
el sexo extiende la noche roja al fondo de bocas
ávidas y los labios sorben los restos
y la lengua lame los pliegues más íntimos.
Las voces hacen gárgaras, se agrupan, cantan
y cada una de ellas afina el infortunio
y de reojo, envidiosas, se sonríen.
El canon de la ciudad se descompasa
porque cada cual sueña con su *solo*.)

... | ...

(Y el resto somos claqué, titis huérfanos
entrenados para aplaudir y mover el culo
y esperar voluptuosidad de las batutas.
La medida del tiempo ya no nos pertenece,
los directores nos quitan los relojes
sólo entramos y nos someten a sus
metrónomos: ningún compás donde aferrarse
durante la caída al pozo del silencio,
quizá el aire en el rostro y el vértigo.
En el café no se estrenarán óperas.)

... | ...

(“...*Anexos a las instrucciones: Premios de consolación para los perdedores...*”)

Los cafés están llenos y fuera hacen cola,
se esperan y dentro la realidad
rueda entre cuerpos y afanes consumidos
en las esquinas: odios y tristezas.

«*Mira quién entra. El ambiente y las mesas
llenas las atrae hacia el espectáculo*».

Las muñecas que han perdido todo deseo vienen
en sillas de ruedas, sin piernas.)

... | ...

(Tropieza con el escalón de la entrada
y sale proyectada, un vuelo corto y rápido,
ojos desconcertados, embobada,
y va a romper con los dientes contra la barra
y después cae, magnífico aterrizaje,
cerca de una borracha que grita
a sus fantasmas: «¡...sangre, sudor y hierro!»
No dejan de recitar sus monólogos
sólo callan cuando hay estas entradas
divertidas... saben que el tiempo se escapa.)

... | ...

(Se arrastra y quiere volver a la silla,
al último contacto con el exterior,
pero una sonrisa maliciosa se escurre
por la sala y se reemprenden los monólogos
suspendidos. Recuento de dientes perdidos,
con la mirada rellena de cristales,
cortaría a trocitos todos esos cuerpos:
«Odio fresco que viene de las esquinas »
De los sexos sorben restos de amor,
ya nadie se agachará a besarlas.)

... | ...

(Gritan, gritan para acallar monólogos
y atraer la atención de aquellos seres
ennegrecidos que posan sobre los púlpitos.
A ras de suelo, irritan las numerosas
bravatas: ronquera de las sillas
cuando se arrastran entre los años.
Las muñecas piden favores bajo las mesas,
gotea la falsa cera de los candelabros⁴
y en la pared damitas pintadas:
muchachitos disfrazados que ríen y bailan.)

⁴ «Los cirios gotean lentamente en el silencio, PERO GOTEAN...» de la poesía *Camno vía o paso*, en el libro *Los tentáculos* (1945) de Manuel de Pedrolo.

... | ...

(Un rumor puede nacer suave, ganar
la incertidumbre, crecer y extenderse
de golpe desde y por todas las esquinas
de la sala, envuelve, avisa, cose nudos
en los intestinos, gritos de batalla: «¡*Vacante!*».
Con la oportunidad te quedas sin aire
—la carpa se deshincha muy despacio,
existe la muerte entre la lona y los labios—
si no la aprovechas, te arrastrarás siempre.
«*Y después de huir tanto, ¿dudarías?»*)

... | ...

(Por todas partes un ruido uniforme
nace bajo el laberinto de las mesas,
muchas muñecas fuera de sí, aparecen
de entre un bosque de patas, otra vez codician,
no existen alternativas, se precipitan.
«Deprisa he subido a una silla,
no tenía base: cuatro arcos de madera
y en la ojiva una lanza con punta de sierra.»
El anzuelo es de entrada suave y de retroceso
horrible. Ensartadas por el culo, se miran.)

... | ...

(Están en la sombra, detrás de la luz blanca que desprenden esas mesas de mármol, esconden cuerpos de piel ceniza y triste pero no las voces que crujen y chasquean: monólogos grotescos de sobremesa.

«¿Qué les pasa, por qué sacan una lengua tan larga y la mueven a ambos lados y repasan, y me repasan la cara?

Y con la puntita de la lengua llaman a mis oídos, piden que las escuche.»)

... | ...

(Los monólogos lanzan las envanecidas
lenguas que entrelazadas discuten
a muerte para ganar el turno de la palabra:
«...entonces, como iba diciendo, cuando yo estaba
en las esquinas hacía esto y aquello otro...»
Lentamente, de tristeza se les dobla el cuerpo,
pliegues y rincones desaparecen bajo
el hollín que se acumula en los viejos fetos,
la piel se encoge hasta ganar los huesos:
ojos grandes y redondos, yertos, no parpadean.)

... | ...

(Los ventiladores del techo se paran
i sus grandes ejes descienden lentamente
hasta tocar las cabezas secas de las muñecas.
La nafta pastosa de las espátulas
consigue pescarlas por los pelos
y de nuevo empieza a girar la feria:
*«¡Fiesta! Golpead las bolsas hasta que callen.
Esparcid por doquier sus restos. ¡Divertíos!»*
En el suelo, una lengua-serpentina
sale de un último pliegue, lucha, se menea...)

(Epíteto)

...mujeres cruzaban las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del lado derecho, y besaban, al aire, al vacío, tal vez a algún cabello suelto, de manera que ambas sintieran el efluvio de los besos pero no su calor. «Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo...»

Cinco horas con Mario

MIGUEL DELIBES

.... |

(¿Acompañado, echado en la cama de las noches elegidas de entre las que aún me quedan de nuevo para hacer el amor con las sombras y acercarme a los cuerpos que cada día pasan más lejos de todos mis sentidos? Tanteo y no me arriesgo con ningún amor porque temo el desencanto del después cuando con la pasión ya relajada crece abismo entre las miradas vacías. ¿Es real que hemos llegado a estar juntos?

.... |

(Hoy no te entregas del todo, no sabes bien por qué te invade el desaliento. Le dices que estás cansado que prefieres dormir y que mañana será otro día. Miras al techo vacío y te hundes bajo la cama, te hundes bajo la casa e intentas escapar hacia las cloacas. El insomnio tiene granitos de arena molestos entre los labios y las encías: conversaciones de la noche y sus objetos.)

.... |

(Proscribes el oído en un gulag voluntario:
tapones de cera para no escuchar
en la noche los otros duetos de amor.
Con los ojos cerrados, sólo el zumbido
del silencio da vueltas, monótono,
y su fricción no te deja dormir.
Te angustia el roce de la aguja sobre
el vinilo desgrabado que mudo gira:
sangre viva en las sienes y certeza
de que tú y tu muerte estáis muy solos.)

Esta edición digital de *Ene menos una*,
obra original de Manel Queralt,
se ha hecho en Barcelona
en abril de 2015.